



III

El fandango—Duelo caballeresco

DE todas las razas de la familia mejicana no hay una que ofrezca un estudio tan curioso como la de los jarochos. Su traje en nada se parece al de los demás habitantes de la campiña y tiene analogía con el del andaluz. Su dialecto es tan particular como su traje: una mezcla de palabras escogidas del castellano puro y de las locuciones familiares más triviales desfiguradas por viciosa pronunciación: de modo que los mismos que saben el español han de estudiarlo especialmente para entenderlo. Muchos opinan que provienen de los jitanos andaluces, pero yo no lo creo porque los jarochos aborrecen el robo; debe ser más pura la sangre española que llevan en sus venas. Tienen instintos crueles; son vengativos pero sobrios, francos, leales y hospitalarios, sobre todo con los blancos. Es notoria su afición á los bosques y sitios desiertos y es tan vivo y predominante su espíritu de independencia, que les hace desdeñar la existencia normal del labrador.

Prefieren la vida errante del pastor y del chalán, y el machete representa un gran papel en su existencia. Antes se privaría el jarocho de las prendas más necesarias de su vestido que de ese sable recto, afilado y reluciente que pende de su cinturón, siempre sin vaina, y del cual cuida más que de su persona.

Por una apuesta, por un puntillo de amor propio, por cualquier motivo empuñan el machete, y si alguno de los que riñen, en vez de contentarse con la primera sangre descarga á su adversario un golpe mortal, esto trae aparejados una serie de combates á muerte para satisfacer su insaciable espíritu de venganza. Pero ama con idolatría al suelo en que ha nacido, y ajeno á la avaricia, vive contento con poco en un país fértil en el cual tres ó cuatro cosechas anuales cubren los campos que ha sembrado sin cultivarlos. El juego, la música, el baile, la poesía, pues todos los jarochos improvisan poco ó mucho, comparten con el amor su singular existencia. Poseen el tipo delgado y nervudo de las razas privilegiadas, y la naturaleza les ha dotado de un aspecto airoso y elegante, en armonía con sus tres predilectas aficiones: la novia, el machete y el caballo.

Al despertarme á la mañana siguiente cuando el sol ya picaba, ví á mi huésped en pie, y vestido de fiesta: una sarta de perlas de Venecia, con espejitos de trecho en trecho, rodeaba la copa de su sombrero; su camisa era de fina batista, ricamente bordada; la botonadura de sus calzones de terciopelo se componía de pesos duros en la parte alta de adelante, y de reales y medios reales en las piernas. Calzaba borceguíes de cordobán, y cuyas cañas formaban encima del tobillo una especie de abanico bordado. Por último su machete, recién bruñido, brillaba suspendido de su cinturón de seda escarlata, con borlas en el puño. En este elegante traje, llevado con orgullo, el jarocho había desplegado un gusto que me pareció de feliz augurio para sus amores.

Pero, á pesar de su aparente satisfacción, echábase de ver la intranquilidad del jarocho en la nerviosa viveza con que retorció sus bigotes. Algún pensamiento desagradable debía acibarar su alegría. Se lo pregunté, y me respondió:

—¡Ah! me dijo suspirando, mi compromiso de venganza me impedirá batirme, y como no puede haber fandangos sin pendencias, vea V. en qué situación puedo hallarme. En fin, procuraré distraerme cantando más fuerte y jugando y bebiendo más.

Manantial ofrecía también su aspecto de gala y reinaba en todo el pueblo una animación desusada. De vez en cuando aparecían en los umbrales de las viviendas muy atractivas mujeres que mostraban con coquetería, á los rayos del sol, entre encajes y muselina, el oro y el coral. En la plaza se disponía un estrado para las que debían tomar parte en el baile; se animaban los puestos de agua fresca y de licores, entre estos el *tepache*, que se hace de las ananás, y por donde quiera se establecían mesas de juego.

Fueron llegando los jarochos de los lugares vecinos, y el sol arrojaba un torrente de luz deslumbradora. Cuando la sombra de las palmeras, marcaba las dos de la tarde la vida y el movimiento parecían llegar á su apogéo. Entre los grupos de jinetes que se desmontaban y los que ataban sus cabalgaduras inundadas de sudor á los árboles y á los postes de las viviendas no cesaban los gritos y las carcajadas. La gente se repartía entre los puestos de venta, las mesas de juego y en torno del estrado de las bailarinas. Y aquí hay que consignar una circunstancia sorprendente: los hombres no bailan y son meros espectadores de las proezas coreográficas de las mujeres.

Yo me situé junto al estrado, que se alzaba poco del suelo, y arrimado al cual estaba el tocador de guitarra. Acudieron primero ocho ó diez muchachas y rompieron el baile después de dar una vuelta por el

estrado. Monótono el baile al principio, fué animándose poco á poco. Admiraba la agilidad y la gracia con que muchas de esas mujeres llevaban vasos de agua, mientras bailaban, y sin derramar una gota; ó bien deshacían, sin hacer uso de las manos, los nudos complicados de un cinta de seda ceñida alrededor de sus pies. Este baile se llama *bamba*. Aunque muy aplaudido, las pasiones de los espectadores parecían dormidas aún; risas, votos y chistes maliciosos acompañaban las libaciones de licores fortalecidos con cortezas de naranja.

La guitarra preludió una petenera. El estrado volvió á llenarse y entre ellas se distinguía doña Sacramento por su gracia y por su seductora belleza. Ceñía su cuerpo un justillo de transparente muselina, y sus torneados brazos, dorados por el sol, salían por debajo de los encajes y de los bordados de su camisa de batista; cubría sus hombros, sin ocultarlos completamente, una gorguerita parecida á las que usan las mujeres de Arlés. Llevaba medias de seda y zapatos de raso y una trenza de sus negros cabellos daba vuelta en torno de una peineta de concha y de oro macizo.

Sus párpados, caídos ante las miradas de fuego que se la dirigían de todas partes, dejaban ver las largas pestañas que le servían de adorno.

No era la belleza apacible que admiré la víspera á los rayos de la luna, sino la belleza ardiente de la hija de los Trópicos en toda su esplendidez, contemplada á la luz del sol.

—¡Ah! decía cerca de mí un jarocho, cuya cabeza empezaba á encanecer; en el último fandango de Malibrán (1) Quilsmaco perdió una oreja y Juan de Dios la punto de la nariz por una hermosa que no valía lo que uno de los negros bucles que lleva esa.

(1) Pueblecillo á tres leguas de Veracruz.

—Paciencia tío, le contestó otro, la linda Sacramento debe tener más de un pretendiente en este pueblo, y de fijo que, antes de ponerse el sol, habrá hecho danzar los machetes de dos, al menos, de los que estamos aquí.

Alrededor del estrado se habían formado espontáneamente dos partidos, representados por otros tantos grupos. En el primero un jarocho vestido tan elegantemente como Carlos, á juzgar por su actitud arrogante ejercía sobre los que le rodeaban marcado ascendiente. En el campo opuesto mi huésped se encontraba también rodeado de partidarios.

Las guitarras sonaban con doble ardor, cual si los músicos presintiesen una danza sangrienta. Cuando después de la vuelta de costumbre empezaron á moverse las bailarinas, algunos cantores entonaron con voz nasal unas coplas que maldita la relación que tenían con las circunstancias: eran proverbios vulgares puestos en verso.

Fuí entonces á colocarme cerca de mi huésped que seguía con ojos celosos todos los movimientos de Sacramento, y noté que ella no correspondía lo más mínimo á sus miradas.

—Ya lo ve V., me dijo en voz baja, esperar ayer, desesperar hoy; tal es mi suerte: por consiguiente nos marchamos mañana. ¡Ah! Sacramento no me ha perdonado el maldito lazo de cintas encarnadas que no he podido encontrar.

En este momento su rival se dirigió al estrado y, descubriéndose, presentó su sombrero á la joven con galantería. Ella lo recibió con la sonrisa en los labios, sin interrumpir en nada las evoluciones del baile. El rostro de Carlos permaneció impassible, limitándose á hacer un gesto á uno de los suyos, se adelantó, á su vez, y presentó también su sombrero á Sacramento.

En semejante caso la mujer no debía mostrar pre-

ferencia, y por ello continuó bailando con los dos sombreros en las manos. La ventaja de ver el suyo colocado en la cabeza de la bailarina debía pertenecer al tercer aspirante que aprovechase la ocasión: cual me lo presumí, fué Carlos quién la aprovechó.

Los dos rivales cambiaron enseguida una mirada provocadora. Entonces el otro quitándose una faja de crespón de china, color escarlata, que ceñía su cintura, hizo de ella un lazo que colocó en el hombro casi desnudo de Sacramento.

Las guitarras parecían sonar como clarines y las voces subían al mismo diapasón. Mientras el concurso de hombres cambiaban miradas de satisfacción, las mujeres cuchicheaban cual envidiando los homenajes que aquélla recibía. La frente de la preciosa bailarina había enrojecido, resaltando doblemente el brillo de sus negros ojos. Sin embargo, revelaba alguna zozobra; dichosa y temblando, no se atrevía á mirar á aquél por quien su corazón experimentaba viva inquietud. Por otra parte, á pesar de la aparente calma de Carlos la agitación repentina de sus músculos revelaba la tortura de los celos.

—¡Animo! le dije en voz baja; ¿no lleva V. su flor sobre el corazón?

Carlos irguió la cabeza, cual si este recuerdo le restituyese la confianza. En seguida se quitó el machete y fué á suspenderlo del hombro de Sacramento. Producía un efecto singularísimo ver á aquella joven bailando con la faja y el machete de sus pretendientes, reflejarse el sol en la hoja acerada cerca de su seno palpitante, que á poco rato fué cubierto por sus cabellos desatados por el peso del sombrero.

La muchedumbre permanecía silenciosa; reinaba ansiedad parecida á la que se observa en una plaza de toros cuando la sangre ha regado la arena. De repente una voz varonil, imponente, exclamó cerca de la orquesta:

—¡Bomba!

Los cantos cesaron enseguida. Era la voz del rival de Carlos, que cantó los versos siguientes:

«De tu voluntad confío,
pero fiel te he de advertir,
ya que eres la vida mía.
que no me des que sentir,
si me quieres, alma mía.»

Y sus partidarios repitieron á coro el último verso. Golpeando con fuerza la madera de la guitarra de uno de los músicos Carlos exclamó con voz tonante:

—¡Letral!

Y tomó como pie de lo que iba á cantar el verso del coro:

«Si me quieres, alma mía,
no quieras otro conmigo,
que si compartes tu amor
no quiero amor compartido,
hay en campaña un traidor.»

Llegó la vez á los amigos de Carlos de repetir en coro:

«Hay en campaña un traidor.»

A medida que se acercaba el momento de estallar las comprimidas pasiones de ambos rivales, sus semblantes, afectando una cortesía caballeresca, mostraban forzada calma.

Vuelto al grupo de sus amigos, mientras Carlos cantaba, el otro volvió á salir del círculo y continuó:

«Le dirás á ese tu amante,
á ese mi competidor,
que se me ponga delante,
si trae jierro y valor.»

Carlos, con sonrisa al parecer tranquila, respondió á la anterior con la que sigue:

«Que se me ponga delante
ese traidor, falso amigo,
dile, mi vida, al tunante,
que el valor anda conmigo.»

Sacramento, ya cediendo á la fatiga, ya á la emoción general que se manifestó á la última copla de su adorador, dejó de bailar y las demás jóvenes la imitaron. Apartáronse los músicos porque sabían por experiencia cuan expuesto era aguardar el principio del combate.

Faltaba llenar algunas prescripciones propias de aquellas circunstancias: los pretendientes debían rescatar las prendas con que adornaran á la bailadora. La costumbre fija este rescate en la cantidad de un real: los rivales, uno después de otro, llenaron de monedas de plata las manos de Sacramento. Mientras ella recibía, en medio de un murmullo lisonjero, la ofrenda de ambos, á lo cual no podía sustraerse sin faltar á las reglas de la urbanidad, sus manecitas temblaban y sus descoloridos labios no acertaban á sonreír. Carlos buscaba inútilmente en sus ojos una mirada de esperanza. Pálida y muda, y embellecida aún más por la emoción, la joven miraba fijamente al suelo y continuaba ocultando bajo sus largas pestañas la preferencia secreta que sin duda sentía por uno de los rivales.

El machete iba á decidir la cuestión cuando una mujer, abriéndose paso entre la gente, vino á recordar á mi huésped el solemne compromiso que iba á violar. Era la madre del pariente que debía vengar.

—Es una vergüenza, don Carlos, prorrumpió aquella anciana, que acepte V. una pendencia injustificada, faltando á su palabra, mientras un pariente de usted, villanamente asesinado, está todavía sin vengar.

Mi compañero hizo cuanto le fué posible para librarse de aquella prohibición, que sellaba el machete en su anilla, pero la ofendida madre no cedía.

—¡Válgame Dios, doña Josefita! dijo al fin Carlos con acento sincero, mete V. mucha bulla para nada y desconoce mis intenciones. Si obro así es por interés del difunto. ¿Pues que? ¿no conviene que ejercite

mi mano para descargar después al asesino golpes más seguros?

—Y si un tajo le priva á V. de la mano, ¿quién vengará á mi hijo?

—No se que contestar á eso, pero no importa: las mujeres lo enredan siempre todo. Si no hay otro medio, que me reemplazen, continuó con mal humor, si mi adversario no tiene inconveniente en ello.

Su antagonista se inclinó y con el sombrero echado sobre la oreja, la mano en el puño del machete y la pierna derecha adelante, respondió con majestuosa condescendencia:

—¿Qué es lo que yo pretendo? Que no se diga que en Manantial ha habido un fandango que no ha terminado de una manera conveniente; que no hemos obsequiado á los forasteros como se merecen y como se acostumbra. Si no puedo batirme por los lindos ojos de doña Sacramento, añadí haciendo un guiño lleno de fatuidad, aceptaré de parte de cualquiera que sea la proposición de jugar una botella de anisado de España á primera sangre.

Aplausos calurosos interrumpieron al orador, el cual, contoneándose, con altiva jactancia, tan pronto sobre una cadera como sobre otra, prosiguió:

—Solo me falta añadir que, habiendo perdido hace una hora mi último real, al as de copas, me encuentro en la imposibilidad de pagar y en la obligación de vencer. Que se me designe la víctima.

Esta peroración fanfarrona, digna de un verdadero jarochero, llevó á su colmo el entusiasmo de los concurrentes. El orador, dirigiendo una mirada impertinente á Carlos, que se mordía los puños parecía gozarse en su triunfo y, le dijo:

—Vamos, don Carlos, que no faltará un amigo que quiera reemplazarle á V.

Un profundo silencio siguió al entusiasmo anterior. La perspectiva de exponer al mismo tiempo la

persona y el bolsillo no parecía muy seductora á ninguno de los presentes, y por mi parte temía que mi huésped no cediese otra vez á su idea de empeñarse en que le supliera. Por suerte un incidente imprevisto vino á salvar el honor de la población de Manantial.

Por el mismo camino por donde yo viniera el día anterior avanzaba un jinete á todo el andar de su caballo, que, como los de Tierra Caliente, estaba dotado de un cuello muy largo y no se excedía en la rapidez. Fijáronse todas las miradas en el recién venido, que parecía forastero, y en el cual reconocí al jarocho que había interrumpido mi partida con Cecilio. Satisfecho de haber logrado algunas corbetas de su prudente cabalgadura, echó pie á tierra, y sin proferir palabra, ató al animal á un poste; después, guardando el mismo silencio, se acercó al estrado, sacó su machete, en cuyo puño flotaba un lazo de cintas encarnadas, trazó con él un círculo en la arena y lo clavó en el centro.

Un profundo silencio acogió esta extraña visita. A mí, al contemplar estas costumbres caballerescas, me parecía asistir á algún episodio de los cantos de Tasso. Este machete clavado en el suelo era un desafío arrogante á una población entera por un solo hombre. El antagonista reclamado por el rival de Carlos se presentaba oportunísimamente.

Todos los ojos buscaron al valiente que tantas fanfarronadas soltara, pero él, encontrando sin duda muy terrible al nuevo adversario, se había eclipsado, aprovechándose de aquellos momentos de atención concentrada en el forastero. Este, cual los paladines que hacen voto de no hablar, se dirigió con igual altivez á uno de los ventorrillos, y golpeando fuertemente con un peso duro sobre las tablas, se hizo servir por señas un vaso grande de anisado, entregó el duro y llevó el vaso á la boca. Sin embargo, como hombre que desdeña estimular su valor por medio de

licores, se limitó á humedecer sus labios y lanzó el resto. Atendidas las costumbres de los jarochos, no podían hacerse las cosas con más guapeza. Seguro entonces de haberse presentado en regla, el forastero paseó por todos los concurrentes una mirada de orgullosa tranquilidad: esperaba.

Todos los vecinos de Manantial miraban al desconocido con admiración, pero ninguno parecía más impaciente por medirse con él que mi amigo Carlos. Se recordará que el día antes había incurrido en el desagrado de Sacramento por no haber podido ofrecerla un lazo encarnado; precisamente en el puño del machete del forastero flotaban cintas encarnadas.

Después de cortos instantes de lucha consigo mismo, Carlos me dijo en voz baja:

—¡Vive Dios! ¡Que se aguante la vieja! ¡Sacramento tendrá aquellas cintas!

Y, levantándose con viveza, fué á plantar su machete junto al del forastero. El desafío quedaba aceptado. El desconocido llevó cortésmente la mano á su sombrero, y después de contemplar un momento al adversario que respondía á su provocación, dirigió una rápida mirada al grupo de las mujeres, como buscando á quien ofrecer el homenaje de su valor.

Pronto descubrió á la hermosa Sacramento, y adelantándose hacia ella con noble desembarazo la dijo:

—Los fandanges de Medellín han perdido todo su atractivo desde que doña Sacramento no está allí para embellecerlos. ¿Puedo envanecerme de pensar que no los ha olvidado, y mucho menos á sus apasionados?

Cuando la joven iba á responder, Carlos, aguijoneado por los celos, se acercó á él y le dijo:

—Dispense V., caballero; tengo un particular antojo por las cintas encarnadas. ¿Quiere V, que las que adornan su machete sean el premio de la primera sangre?

—Acepto la idea con muchísimo gusto: iba á tener el atrevimiento de ofrecerlas á doña Sacramento como un regalo humilde, pero que desde ahora adquirirá cierto valor, á causa de la sangre que se derramará por ellas.

Después de esta respuesta, que acompañó de graciosa sonrisa, se quitó el sombrero, que mantuvo en la mano, y fué á arrancar su machete de la arena. Carlos igualmente se descubrió, cogiendo el suyo. Siguió á ésto una pugna de cortesía entre ambos campeones, pues ninguno de los dos quería ser el primero en cubrirse: por fin terminaron esa competencia, cubriéndose los dos á un tiempo.

Entonces el más anciano de los concurrentes se encargó de elegir el terreno de combate y de dividirlo. Enseguida se colocaron frente á frente los adversarios: los hombres formaron círculo en torno de ellos: solo faltaba la señal. Si el forastero era tan hábil como valiente debía ser un enemigo temible. Yo estaba inquieto por Carlos, porque el resultado del duelo podía ser tan fatal á su reputación como á su amor.

Dióse la señal en medio de un silencio tan profundo que, á pesar de la mucha gente que allí había, sentíase el rumor de las hojas movidas por la brisa suave que reinaba en aquellos instantes. Los dos empezaron á batirse descargándose mutuamente golpes tan terribles que parecía que se trataba más bien de un duelo á muerte que de una lucha á primera sangre; pero cada vez un salto repentino prevenía, con aplausos de todos, el desenlace temido. Y es que en el arte de la esgrima de los jarochos para parar y tirar los golpes les sirve más la agilidad del cuerpo que la ciencia del ataque y de la defensa.

Las hojas de los machetes cortaban el aire con silbido lúgubre ó bien chocaban el uno contra el otro con ruido vibrante. Sin embargo, se conocía evidentemente que el forastero procuraba más bien herir la

honra de su antagonista que quitarle la vida, pues en estos combates de gladiadores el mérito principal estriba en garantizar la mano: una mano herida es una mancha indeleble para la reputación del mejor tirador. Por desgracia para Carlos el lazo de cintas encarnadas que flotaban en el puño del machete de su adversario le guardaba á éste la mano mucho mejor que una guarnición de acero.

Carlos exponía su vida para poder adornar con aquellas cintas los cabellos de Sacramento, y su contrario para no mancharlas. Saliéndose alternativamente del círculo trazado, los combatientes habían recorrido un espacio de terreno considerable; y siguiendo sus movimientos la muchedumbre tumultuosa de los espectadores ondulaba en todas direcciones.

Ninguno de los dos se había tocado todavía, cuando el machete del forastero se deslizó silbando á lo largo de la hoja del de Carlos, levantándola al mismo tiempo. Un instante faltaba para que los dedos de mi amigo, alcanzados, tuviesen que dejar caer el machete, pero una vigorosa parada desvió el golpe: solamente el brazo de Carlos, herido por encima de la muñeca, dejó escapar un chorro de sangre en el instante mismo en que una mancha roja teñía en el hombro la camisa del forastero.

Ambos machetes se bajaron á la vez. El combate había terminado. A mí me hubiera sido muy difícil decidir cual de los dos había sido herido primeramente; pero el ojo experto de los testigos había resuelto ya la cuestión, y tan convencido quedó el forastero de la justicia del fallo, que en el acto desató las cintas de seda encarnada que hasta entonces adornaban el puño de su machete y se las presentó á su adversario colocadas en la punta de su arma: era declararse vencido. Su cortesía fué simpática á todos y compartió con Carlos los honores del triunfo, á pesar de su derrota: solamente le faltó uno, acaso el que anhelaba más.

Una palidez mortal había cubierto las mejillas de Sacramento, durante la lucha; pero cuando Carlos se adelantó hacia ella un vivo encarnado sustituyó á la palidez. Al recibir de sus manos las preciosas cintas que tan valerosamente había ganado, los movimientos de su seno, una dulce y alegre sonrisa y francas miradas que no se dirigían ya al suelo, decían con bastante elocuencia á mi dichoso amigo que su adorada daba tanto valor al lazo de cintas como él á la flor desprendida el día antes de su caballera.

Los hombres rodearon al desconocido, que les invitó á pasar al ventorillo con él, no tardó en reunirse Carlos, y los dos rivales lucharon ahora en prodigalidad, con gran satisfacción de los convidados, que saboreaban el anisado á grandes tragos, felicitándose de tener que hablar para muchos días de aquel magnífico fandango. Yo me acerqué también al forastero para darle á conocer, cuando llamó la atención general un jinete que llegaba á escape tendido. Era el que había hablado conmigo, durante el juego, y había citado á su compañero para la fiesta de Manantial.

A la vista de la sangre que manchaba la camisa del rival de Carlos, el recién llegado exclamó:

—Por lo que veo, amigo Julián, ha habido combate.

—Amigo Ventura: es preciso pasar la vida lo menos mal posible, respondió el herido.

—Y bien... ¿no se lo había dicho á V.? continuó Ventura señalando al cielo que, cargado de nubes, estaba anunciando tempestad, tendremos ocupación en la playa. ¿Quiere V. acompañarme?

—De muy buena gana, contestó el forastero con tristeza, pues creo que nada tengo que esperar ya aquí.

Y, montando á caballo, después de estrechar la mano á todo el mundo, los dos amigos se alejaron á

galope. Fué como una señal de dispersión general. El brillante torneo de Carlos y de Julián había coronado dignamente la fiesta.

¿Quiénes eran Julián y Ventura? Ninguno de los jarocho que me rodeaban parecía conocerlos, pero me reservé preguntar á Carlos sobre el particular. Llegada la noche, y acostado cerca de él junto al vestíbulo de su vivienda, cuando iba á interrogarle acerca de los desconocidos, nos interrumpió el ruido de pasos de una persona que se acercaba hollando la yerba.

Era la anciana Josefa, la madre del muerto aún no vengado.

Cuidadosamente rebozada en un manto que, á pesar del color, no dejaba ver sino dos ojos brillantes, debajo de una doble faja de cabellos canos, me ofrecía un tipo de esas hechiceras que se encuentran en Méjico entre otros muchos restos de la Edad Media.

—Estoy encargada de un recado para V., dijo á Carlos. Venga conmigo y una boca querida le dirá que puede partir cuando quiera, y que será V. bien recibido á su vuelta, si su muerte no deja un corazón inconsolable.

El jarocho se levantó con presteza y la siguió:

Una hora después se hallaba de vuelta; sabía que los votos de su amada le acompañarían en su peligrosa empresa y venía radiante de satisfacción.

—Sin embargo, me dijo, me es muy penoso tener que separarme de doña Sacramento; pero ahora no hay pretexto alguno para que difiera la partida, y nos pondremos en camino mañana.

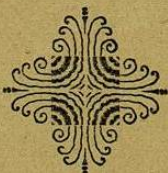
—Como usted quiera; pero, ¿qué dirección hemos de tomar? ¿Sabe V. dónde se encuentra el hombre á quien vamos á perseguir?

—Nos dirigiremos á la costa: Josefa me ha dicho que Ventura, que es piloto, podrá ponernos en buen

camino. A Ventura le encontraremos en Boca del Río, en la playa.

El nombre de Ventura me dió pretexto para procurar satisfacer mi curiosidad. Pregunté á Carlos si le conocía, y, sobre todo, á su antagonista, cuyo comportamiento caballeresco me había interesado especialmente; pero solo obtuve respuestas vagas, que aumentaron mi deseo de acompañar á Carlos á Boca del Río, donde yo esperaba encontrar á aquellos dos amigos.

Al día siguiente ensillamos los caballos, y algo antes de amanecer salimos del pueblo, todavía envuelto en tinieblas.



EL PILOTO VENTURA

I

Prólogo de un drama

Nuestra salida de Manantial, señales infalibles anunciaban el próximo desencadenamiento de una tormenta producida por el viento Norte, y pesaba sobre los bosques que atravesábamos la calma precursora de la tempestad.

En toda la naturaleza reinaba un malestar extraño, y un calor sofocante abrumaba á los caballos, aunque habíamos acortado el paso. En vano los pulmones buscaban el aire fresco de la mañana.

A las pocas horas de andar bajo la bóveda de los árboles oímos un rumor sordo é imponente. Era el ruido del mar, al cual nos acercábamos sin poder distinguirlo todavía. Poco después desembocamos en la playa, y pude contemplar con mezcla de alegría y admiración el Océano que toca á las costas de Francia. A lo lejos distinguí á Veracruz con sus campana-